



## **Eucaristía en la apertura de curso de la Universidad de Salamanca 2003**

El marco de libertad religiosa, en el que felizmente discurre el quehacer académico en nuestra Universidad, me ofrece fundamento suficiente para estimar que quienes participamos en esta Misa votiva del Espíritu Santo para dar comienzo a un nuevo curso, estamos expresando de forma auténtica profundas convicciones cristianas.

Y ello me autoriza a dirigir a todos ustedes unas palabras que, por ser de un Obispo y por venir pronunciadas en una celebración eucarística, sólo pueden ser testimonio de fe. Iniciar un curso académico con una Misa del Espíritu Santo es una profesión de fe en Dios y en nosotros; implica primero reconocer que necesitamos que Jesucristo nos envíe de nuevo desde el Padre el Espíritu de la verdad, que nos guíe al conocimiento de la verdad completa del misterio de Dios y del misterio del hombre y, de esta manera, nos haga gozosamente partícipes de su gloria, es decir, de su plenitud de vida en la verdad que nos hace libres, de su proyecto de vida en el amor a Dios y a todo hombre, y de su fidelidad incondicional a la voluntad de Dios que orienta y alienta nuestra actividad, también en el ámbito académico, para mantener siempre viva nuestra esperanza y nuestro compromiso de ser para los alumnos auténticos pedagogos, que los guían y acompañan en su camino de acercamiento personal a la verdad. Pero al expresar este anhelo de ayuda por el Espíritu de la verdad, confesamos también nuestra fe en el Espíritu como constituyente de nuestra propia identidad personal, en cuanto hijos de Dios, por la participación en el mismo Espíritu Santo, que hizo nacer a Jesús como Hijo de Dios y hombre perfecto en el seno de María. Ser habitados interiormente por el Espíritu Santo, que nos configura como inteligentes y libres desde el amor, es nuestra verdad más profunda, el misterio que nos define como hombres cristianos. Esta verdad que somos es nuestra herencia recibida del Padre a través de su Hijo Jesús.

Como expresión de la autoconciencia de lo que somos, nos sentimos llamados a vivir dejándonos llevar por el Espíritu de Dios, libres de la sujeción a la carne y trascendiendo las meras necesidades materiales de nuestro cuerpo y el horizonte que marca la muerte. Creemos en la vida, y la anhelamos plena y para siempre. Estas convicciones sustentan nuestro compromiso moral y dan aliento y esperanza a nuestros afanes.

Y de estas convicciones estamos llamados a dar razón, sentimos necesidad de dar razón, en primer lugar para nosotros mismos y luego para los demás. Porque creemos con fe viva pero inteligente y nos gozamos en la sabiduría del Evangelio de Cristo, en quien reconocemos la expresión armónica y unitaria de nuestra naturaleza humana penetrada del Espíritu de Dios. Creemos y comprendemos. Creemos para entender y buscamos la más profunda comprensión de nuestra verdad para creer con seguridad. Nuestra fe y nuestra razón caminan juntas, están reconciliadas y en paz.



Carlos López Hernández

Como ha escrito Juan Pablo II en la Encíclica *Fides et Ratio*: “La fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva a la contemplación de la verdad. Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad y, en definitiva, de conocerle a Él para que, conociéndolo y amándolo, pueda alcanzar también la plena verdad sobre él mismo”. (*Fides et ratio*, Int.).

A lo largo de los siglos, la humanidad ha llegado a encontrarse progresivamente con la verdad y a confrontarse con ella por el camino de la autoconciencia personal: el hombre, cuanto más conoce la realidad y el mundo más se conoce a sí mismo en la condición absolutamente única que corresponde a su existencia en el mundo. Esta condición viene sobre todo cualificada por la urgente necesidad de interrogarse sobre el sentido de las cosas y de su propia existencia. Todo lo que es objeto de nuestro conocimiento se convierte en parte de nuestra vida y nos lleva a aceptar como primera verdad fundamental la necesidad del conocimiento de sí mismo para poder calificarse como hombre, distinto de todos los demás seres de la creación.

Por ello, en todas las culturas han brotado siempre las mismas preguntas de fondo que han caracterizado el proceso de la historia humana: ¿quién soy? ¿de dónde vengo y a dónde voy? ¿Por qué existe el mal? ¿qué hay después de esta vida? (*Fides et ratio*, 1).

La Iglesia no es ajena, ni puede serlo, a este camino de búsqueda. Desde que en el Misterio Pascual de Jesucristo recibió como don la verdad última sobre la vida del hombre, para reconocer que en Jesucristo ha revelado Dios el hombre a cada hombre (GS 22), la Iglesia se ha hecho peregrina por los caminos del mundo para anunciar que Jesucristo es “el camino, la verdad y la vida” (Jn 14,16), que él es la luz del mundo que de tal manera ilumina la vida de sus discípulos que hace también de ellos portadores de luz para el mundo, a la vez que sal y levadura para su conservación y transformación. Por ello, “entre los diversos servicios que la Iglesia ha de ofrecer a la humanidad, hay uno del cual es responsable de un modo particular: la diaconía de la verdad. Por una parte, esta misión hace a la comunidad creyente partícipe del esfuerzo común que la humanidad lleva a cabo para alcanzar la verdad; y por otra, la obliga a responsabilizarse del anuncio de las certezas adquiridas, incluso desde la conciencia de que toda verdad alcanzada es sólo una etapa hacia aquella verdad total que se manifestará en la revelación última de Dios: ahora vemos en un espejo, en enigma. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo parcial, pero entonces conoceré como soy conocido”, escribía Pablo a los cristianos de Corinto (1 Co 13,12).

Entre los muchos medios que el hombre tiene para conocer la verdad por la vía de la razón y para hacer así más humana su propia existencia, destaca la filosofía que formula directamente la pregunta sobre el sentido de la vida e intenta ofrecer la más adecuada respuesta. De formas diversas, la filosofía muestra que el deseo de la verdad es propio de la naturaleza misma del hombre. “El interrogarse sobre el por qué de las cosas es inherente a su razón, aunque las respuestas que se han ido dando se enmarcan en un horizonte que pone en evidencia la complementariedad de las diferentes culturas en la



que vive el hombre” (Fides et ratio, 3). A través de los diferentes sistemas de pensamiento se puede advertir que: “Existe un conjunto de conocimientos en los cuales es posible reconocer una especie de patrimonio espiritual de la humanidad (Fides et ratio, 4).

“La Iglesia, por su parte, aprecia el esfuerzo de la razón por alcanzar los objetivos que hagan cada vez más digna la existencia personal. Ella ve en la filosofía el camino para conocer verdades fundamentales reativas a la existencia del hombre” (Fides et ratio, 5).

“La filosofía moderna tiene el gran mérito de haber concentrado su atención en el hombre” (Fides et ratio, 5), pero lo ha hecho con la limitación de centrarse en la consideración unilateral del hombre como sujeto y olvidando que el hombre está también llamado a orientarse hacia una verdad que lo trasciende. “Sin esta referencia, cada uno queda a merced del arbitrio y su condición de persona acaba por ser valorada con criterios pragmáticos basados esencialmente en el dato experimental en la verdad que lo trasciende. “Sin esta referencia, cada uno queda a merced del arbitrio y su condición de persona acaba por ser valorada con criterios pragmáticos basados esencialmente en el dato experimental, en el convencimiento erróneo de que todo debe ser determinado por la técnica” (Fides et ratio, 5). Así ha sucedido que: “La filosofía moderna, dejando de orientar su investigación sobre el ser, ha concentrado la propia búsqueda sobre el conocimiento humano. En lugar de apoyarse sobre la capacidad que tiene el hombre para conocer la verdad, ha preferido destacar sus límites y condicionamientos. Ello ha derivado en varias formas de agnosticismo y de relativismo, que han llevado la investigación filosófica a perderse en las arenas movedizas de un escepticismo general... La legítima pluralidad de posiciones ha dado paso un pluralismo indiferenciado, basado en el convencimiento de que todas las posiciones son igualmente válidas. Esto es uno de los síntomas más difundidos de la desconfianza en la verdad que es posible encontrar en el contexto actual” (Fides et ratio, 5). En algunas concepciones: “Se niega a la verdad su carácter exclusivo, partiendo del presupuesto de que se manifiesta de igual manera en diversas doctrinas, incluso contradictorias entre sí. En esta perspectiva todo se reduce a opinión” (Fides et ratio, 5). La reflexión filosófica ha buscado situarse cada vez más en cercanía al hombre, pero lo ha hecho prescindiendo de la cuestión radical sobre la verdad de la vida personal, del ser y de Dios. “En consecuencia han surgido en el hombre contemporáneo... actitudes de difusa desconfianza respecto de los grandes cognoscitivos del ser humano. Con falsa modestia, se conforman con verdades parciales y provisionales, sin intentar hacer preguntas radicales sobre el sentido y el fundamento último de la vida humana, personal y social” (Fides et ratio, 5).

A las nuevas generaciones a adquirir los necesarios puntos de referencia, para que no se vean obligados a construir la existencia personal y social sobre propuestas de verdad de carácter parcial y efímero, elevadas a rango de valor. La sustitución actual de la verdad por el poder manipulador de la propaganda sucede también porque, a veces quienes por vocación están llamados a trasladar a la cultura el fruto de sus investigaciones, prefieren el éxito inmediato y desvían su mirada de la verdad en lugar de llevar a cabo un



Carlos López Hernández

esfuerzo paciente de búsqueda sobre lo que merece ser vivido. La Universidad tiene la gran responsabilidad de formar el pensamiento y la cultura por medio de la llamada continua a la búsqueda de la verdad (cf. Fides et ratio 6).

Con el Magisterio de la Iglesia afirmamos que la verdad de la Revelación cristiana se manifiesta en Jesús de Nazaret (Fides et ratio 15) y que “realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado” (GS 22). Fuera de esta perspectiva, el misterio de la existencia personal resulta un enigma insoluble (cf Fides et ratio 12).

Pero no olvidamos la contraposición que se halla en las cartas de San Pablo entre la “sabiduría de este mundo” y la “sabiduría de Dios revleada en Cristo”. “El hijo de Dios crucificado es el acontecimiento histórico contra el cual se estrella todo intento de la mente de construir sobre argumentaciones solamente humanas una justificación suficiente del sentido de la existencia. El verdadero punto central, que desafía toda filosofía, es la muerte de Jesucristo en la cruz... La sabiduría del hombre rehúsa ver en la propia debilidad el presupuesto de su fuerza; pero san Pablo no duda en afirmar: “pues, cuando estoy débil, entonces es cuando soy fuerte” (2 Co 12, 10)... Dios ha elegido para revelar el misterio de su designio de salvación precisamente lo que la razón considera locura y escándalo” (Fides et ratio 23).

La cruz de Cristo revela la gratuidad del amor de Dios a los hombres. “La razón no puede vaciar el misterio de amor que la cruz representa” (Fides et ratio 23). A través del misterio de Cristo crucificado y resucitado, en el cual puede naufragar, ha de encontrar sin embargo el hombre el océano sin límites de la verdad. En esta Eucaristía, que actualiza la muerte y resurrección en Cristo, el Espíritu defensor nos introduce en la verdad, nos fortalece en la fe y nos ofrece en alimento el cuerpo de Cristo, para que pasemos como él por la vida siendo testigos de la verdad y haciendo el bien.